



MODELO DE APRENDIZAJE COMUNITARIO ORGÁNICO A.C.O.

APROPIACIÓN DE LA MEMORIA VIVA, LA CO-CREACIÓN PEDAGÓGICA Y LA ORGANIZACIÓN TERRITORIAL SOLIDARIA

PEDAGOGÍA DECOLONIAL COMO ARTE VIVO, MEMORIA ENCARNADA Y DIGNIDAD EDUCATIVA DESDE LOS SABERES AFROCARIBEÑOS Y AFROINDÍGENAS A.C.O.

Como la pedagogía se convierte en arte... Una apuesta por la dignidad educativa desde el saber histórico, simbólico y territorial.

Autor: RIGOBERTO CASTRO PÉREZ
Historiador y Magister en Desarrollo & cultura
Docente Territorial

ENSAYO

El Modelo de Aprendizaje Comunitario Orgánico (A.C.O.) constituye una de las apuestas más innovadoras, urgentes y conceptualmente sólidas dentro del campo de la educación comunitaria contemporánea. Su potencia radica en que no surge de laboratorios académicos aislados de la realidad ni de marcos teóricos importados que pretenden universalizar experiencias ajenas. Por el contrario, el A.C.O. se gesta en la experiencia viva de los territorios populares, en sus dinámicas de resistencia cotidiana, en la densidad simbólica de sus memorias colectivas y en la creatividad que emerge de la vida comunitaria como forma de supervivencia, dignidad y reexistencia¹.

El modelo nace del Pozón, no como un caso de estudio, sino como un sujeto epistémico que produce teoría desde su propia historicidad. Sin embargo, su alcance trasciende las fronteras del barrio: se proyecta como una epistemología situada, capaz de dialogar con otros territorios del Sur Global que comparten trayectorias de desigualdad estructural, estigmatización mediática, exclusión institucional y luchas persistentes por la dignidad.² En este sentido, el A.C.O. no se limita a describir una realidad local; propone un marco conceptual transferible, construido desde abajo, que interpela críticamente los modelos educativos hegemónicos y abre caminos para pensar la educación desde la vida, la memoria y el territorio³.

¹ FrFreire, P. (1997). *Pedagogía de la autonomía: Saberes necesarios para la práctica educativa* (pp. 29–31). Siglo XXI..

² Walsh, C. (2013). *Pedagogías decoloniales: Prácticas insurgentes de resistir, (re)existir y (re)vivir* (pp. 34–36). Abya-Yala..

³ Santos, B. de S. (2014). *Epistemologías del Sur: Justicia contra la hegemonía* (pp. 21–24). Akal..



Su carácter innovador no reside únicamente en sus metodologías, sino en su ruptura epistemológica: el A.C.O. desplaza la mirada tradicional que concibe a las comunidades como receptoras pasivas de conocimiento y las reconoce como productoras legítimas de saberes, capaces de generar categorías, lenguajes y prácticas pedagógicas propias.⁴ Esta inversión del lugar de enunciación constituye un gesto profundamente político y decolonial, pues reivindica la capacidad de los territorios populares para construir teoría, para nombrar el mundo desde sus propias experiencias y para proponer alternativas educativas que respondan a sus realidades y aspiraciones.⁵

Así, el A.C.O. se consolida como una arquitectura pedagógica, ética y territorial, que no solo interpreta el territorio, sino que lo activa como espacio de aprendizaje, creación y transformación. Su origen comunitario no lo limita: lo legitima. Su anclaje en la memoria viva no lo encierra en el pasado: lo proyecta hacia futuros posibles. Su raíz en el Pozón no lo reduce a un caso local: lo convierte en un modelo con capacidad de resonar en otros territorios que buscan construir educación desde la vida misma⁶.

A diferencia de los modelos pedagógicos tradicionales —*que históricamente han impuesto estructuras externas sobre las comunidades, desconociendo sus ritmos, lenguajes y formas propias de producir sentido*— el Modelo de Aprendizaje Comunitario Orgánico (A.C.O.) plantea una inversión epistemológica de gran calado. En lugar de concebir a la comunidad como objeto de intervención, la reconoce como sujeto epistémico pleno, capaz de generar conocimiento, interpretar su realidad y construir categorías analíticas desde su propia experiencia territorial⁷.

Esta afirmación transforma profundamente la manera en que entendemos la educación. El A.C.O. desplaza el foco desde la transmisión vertical de contenidos hacia la producción colectiva de saberes, donde la experiencia, la memoria viva, la creación y la acción comunitaria se convierten en fuentes legítimas de conocimiento. En este modelo, aprender no es recibir información, sino co-crear sentido; no es repetir discursos, sino nombrar el mundo desde la vida cotidiana; no es adaptarse a estructuras externas, sino activar las propias capacidades del territorio para pensarse y transformarse⁸.

⁴ Fals Borda, O. (1986). *Conocimiento y poder popular: Lecciones con campesinos de Nicaragua, México y Colombia* (pp. 15–18). Siglo XXI

⁵ hooks, b. (1994). *Teaching to Transgress: Education as the Practice of Freedom* (pp. 13–15). Routledge.

⁶ Halbwachs, M. (1992). *On Collective Memory* (pp. 38–40). University of Chicago Press.

⁷ Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido* (pp. 52–55). Siglo XXI.

⁸ hooks, b. (1994). *Teaching to Transgress: Education as the Practice of Freedom* (pp. 13–22).



Si bien el A.C.O. dialoga con la tradición de la pedagogía crítica, la educación popular, la investigación-acción participativa y los enfoques decoloniales, no se limita a replicar estos marcos. Los reinterpreta desde la experiencia concreta del Pozón y desde la historicidad de los territorios populares afrocaribeños, generando un marco conceptual propio, coherente y científicamente defendible⁹. Su originalidad radica en que no parte de categorías abstractas para aplicarlas al territorio, sino que extrae sus categorías del territorio mismo, de sus prácticas, de sus memorias, de sus luchas y de sus formas de organización¹⁰.

La organicidad constituye el principio estructurante y la clave ontológica del Modelo de Aprendizaje Comunitario Orgánico (A.C.O.). En este enfoque, el aprendizaje no se concibe como un proceso lineal, acumulativo o secuencial —**como suele ocurrir en los modelos escolares tradicionales**— sino como un proceso vivo, dinámico y en permanente transformación. El conocimiento se teje, se expande y se resignifica a partir de la memoria, la identidad, la experiencia cotidiana, la creación colectiva y la acción comunitaria, elementos que funcionan como nutrientes de un ecosistema pedagógico en constante movimiento¹¹.

Esta organicidad reconoce que los territorios populares poseen ritmos propios, temporalidades afectivas y dinámicas sociales que no pueden ser forzadas dentro de estructuras rígidas. Por ello, el A.C.O. se adapta a los pulsos del territorio: crece cuando la comunidad crece, se ralentiza cuando el contexto lo exige, se regenera frente a las crisis y se expande cuando emergen nuevas energías, memorias o necesidades colectivas. El modelo no impone tiempos; los escucha. No prescribe rutas; las co-construye. No fija trayectorias; las acompaña¹².

En lugar de proponer secuencias cerradas o metodologías estandarizadas, el A.C.O. despliega ecosistemas pedagógicos: configuraciones flexibles que se activan según las condiciones del territorio y las fuerzas vitales de la comunidad. Estos ecosistemas pueden tomar la forma de recorridos territoriales, laboratorios de memoria, prácticas artísticas, diálogos intergeneracionales, cartografías vivas o acciones colectivas. Cada uno funciona como un nodo que articula saberes, emociones, experiencias y lenguajes, permitiendo que el aprendizaje fluya de manera orgánica, rizomática y situada¹³.

La organicidad, en este sentido, no es solo una característica metodológica: es una postura epistemológica. Implica reconocer que el conocimiento no se transmite, sino que se cultiva; que no se impone, sino que se germina; que no se almacena, sino que se vive. El A.C.O. entiende que los territorios son organismos complejos y que la educación debe dialogar con esa complejidad, no simplificarla. Por ello, el modelo se comporta como un sistema vivo:

⁹Halbwachs, M. (1992). *On Collective Memory* (pp. 38–40). University of Chicago Press. Routledge.

¹⁰Walsh, C. (2013). *Pedagogías decoloniales: Prácticas insurgentes de resistir, (re)existir y (re)vivir* (pp. 34–40). Abya-Yala.

¹¹Halbwachs, M. (1992). *On Collective Memory* (pp. 38–40). University of Chicago Press

¹²hooks, b. (1994). *Teaching to Transgress: Education as the Practice of Freedom* (pp. 13–22). Routledge.

¹³Deleuze, G., & Guattari, F. (1987). *A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia* (pp. 12–15). University of Minnesota Press.



sensible a los cambios, abierto a la transformación y profundamente enraizado en la experiencia comunitaria¹⁴.

Así, la organicidad del A.C.O. no solo permite que el modelo sea adaptable y pertinente, sino que lo convierte en una pedagogía de la vida, capaz de acompañar los procesos comunitarios sin violentar sus tiempos, sin desarticular sus memorias y sin desarraigar sus prácticas. Es una pedagogía que respira con el territorio, que se mueve con él y que se renueva en cada experiencia compartida¹⁵.

Uno de los aportes más potentes y distintivos del Modelo de Aprendizaje Comunitario Orgánico (A.C.O.) es su capacidad para convertir la memoria en una herramienta pedagógica, política y territorial de primer orden. En contextos históricamente estigmatizados, la memoria no opera como un simple archivo del pasado ni como un conjunto de datos para ser preservados; se manifiesta como un acto de resistencia, un ejercicio de afirmación identitaria y un dispositivo para disputar las narrativas hegemónicas que han intentado definir —y muchas veces reducir— a los territorios populares¹⁶.

En el A.C.O., la memoria es entendida como un territorio en sí misma: un espacio vivo donde se negocian sentidos, se reconstruyen historias, se sanan heridas colectivas y se proyectan futuros posibles. La memoria no se limita a recordar; activa, moviliza, interpela. Es un campo de disputa simbólica donde la comunidad se reconoce como autora de su propio relato y como protagonista de su devenir histórico¹⁷.

Por ello, la memoria viva se convierte en un eje articulador del aprendizaje. No es un contenido que se enseña, sino un proceso que se vive. A través de prácticas como los recorridos territoriales, los laboratorios de memoria, las narrativas intergeneracionales, los archivos comunitarios y las expresiones artísticas, niños, jóvenes y adultos se reconocen como herederos y productores de una historia colectiva, no como espectadores de un pasado ajeno. La memoria, en este sentido, funciona como un puente entre generaciones, como un lenguaje que permite comprender el presente y como una brújula para imaginar horizontes de dignidad¹⁸.

El A.C.O. asume que la memoria es también un acto político: recordar es disputar el derecho a existir, a nombrarse, a ser reconocido. En territorios marcados por la exclusión, la violencia simbólica y la invisibilización, la memoria se convierte en una forma de reexistencia. Al activar la memoria viva, el modelo no solo fortalece la identidad barrial, sino que desestabiliza los discursos que han intentado definir al territorio desde afuera, abriendo

¹⁴Santos, B. de S. (2014). *Epistemologías del Sur: Justicia contra la hegemonía* (pp. 21–24). Akal.

¹⁵Freire, P. (1997). *Pedagogía de la autonomía: Saberes necesarios para la práctica educativa* (pp. 29–31). Siglo XXI.

¹⁶Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria* (pp. 17–21). Siglo XXI.

¹⁷Halbwachs, M. (1992). *On Collective Memory* (pp. 38–40). University of Chicago Press.

¹⁸Ricoeur, P. (2004). *Memory, History, Forgetting* (pp. 85–90). University of Chicago Press



espacio para narrativas propias, legítimas y profundamente arraigadas en la experiencia comunitaria¹⁹.

Así, la memoria en el A.C.O. no es un componente más del proceso educativo: es su columna vertebral, su fuente de sentido y su motor ético. Es el lugar donde se encuentran el pasado, el presente y el futuro; donde la comunidad reconoce su valor, su historia y su capacidad de proyectar futuros posibles²⁰.

El Modelo de Aprendizaje Comunitario Orgánico (A.C.O.) incorpora una metodología de investigación comunitaria que rompe con las lógicas extractivistas tradicionales y legitima los saberes locales como fuentes válidas, necesarias y científicamente defendibles de conocimiento. Esta metodología parte de un principio ético fundamental: la comunidad no es un reservorio de información, sino un sujeto que investiga, interpreta y produce teoría desde su propia experiencia territorial²¹.

En lugar de extraer datos o recolectar testimonios para analizarlos desde afuera, el A.C.O. propone co-producir conocimiento mediante dispositivos que emerjen del territorio y dialogan con sus prácticas vivas. Entre estos dispositivos se encuentran los recorridos territoriales, las cartografías sociales y afectivas, los laboratorios de creación, los diálogos intergeneracionales, los ejercicios de archivo comunitario, las prácticas artísticas y las acciones colectivas. Cada uno de ellos funciona como un puente entre la experiencia y la reflexión, entre la vida cotidiana y la construcción teórica, entre la memoria viva y la imaginación política²².

Estos dispositivos no son herramientas técnicas aisladas, sino ecosistemas metodológicos que permiten que la comunidad observe, interprete y transforme su propio territorio. En un recorrido territorial, por ejemplo, no solo se transita un espacio físico: se activa la memoria, se resignifican lugares, se reconstruyen genealogías y se generan preguntas que alimentan procesos de investigación. En una cartografía social, no solo se dibuja un mapa: se visibilizan relaciones, tensiones, afectos y potencias que no aparecen en los mapas oficiales. En un laboratorio de creación, la producción artística se convierte en un lenguaje para pensar el territorio desde la sensibilidad, la corporalidad y la imaginación²³.

Así, la metodología del A.C.O. demuestra que la investigación no es un privilegio académico ni una práctica reservada para expertos externos. Es una práctica accesible, necesaria y profundamente transformadora, que permite a la comunidad reconocerse como autora de su propio conocimiento y como protagonista de los procesos de cambio territorial. Investigar,

¹⁹Walsh, C. (2013). *Pedagogías decoloniales: Prácticas insurgentes de resistir, (re)existir y (re)vivir* (pp. 52–56). Abya-Yala..

²⁰Freire, P. (1997). *Pedagogía de la autonomía: Saberes necesarios para la práctica educativa* (pp. 29–31). Siglo XXI.

²¹Fals Borda, O. (1987). *La ciencia y el pueblo: Nuevas reflexiones sobre la investigación-acción* (pp. 67–72). Siglo XXI.

²²Jara, O. (2018). *La sistematización de experiencias: Práctica y teoría para otros mundos posibles* (pp. 45–50). Alforja.

²³De Certeau, M. (1984). *The Practice of Everyday Life* (pp. 91–95). University of California Press.



en este modelo, es un acto de dignificación: es afirmar que los saberes locales tienen valor, que las experiencias comunitarias producen teoría y que la vida cotidiana es un campo legítimo de indagación²⁴.

De esta manera, la investigación comunitaria del A.C.O. no solo genera información: genera conciencia, cohesión, identidad y capacidad de acción colectiva. Es una metodología que no se limita a describir el territorio, sino que lo activa; que no se conforma con interpretar la realidad, sino que la transforma; que no busca respuestas cerradas, sino preguntas que abran caminos para imaginar futuros posibles²⁵.

En términos de impacto, el Modelo de Aprendizaje Comunitario Orgánico (A.C.O.) se distingue por su replicabilidad contextualizada, una cualidad que lo convierte en una propuesta pedagógica capaz de trascender su territorio de origen sin perder su coherencia epistemológica. Esta replicabilidad no implica copiarlo mecánicamente ni trasladar sus dispositivos de manera uniforme; por el contrario, se basa en la transferencia de principios fundamentales —*territorialidad, organicidad, memoria viva, co-creación y legitimidad de los saberes comunitarios*— que pueden dialogar con otros escenarios que comparten dinámicas socioculturales similares²⁶.

La fuerza del modelo radica en que no pretende universalizarse ni convertirse en una receta aplicable en cualquier contexto. Su potencia está en su capacidad para dialogar con la diversidad, adaptarse a ella y potenciarla. Cada territorio activa el A.C.O. desde sus propias memorias, lenguajes, tensiones, estéticas y formas de organización. Así, la replicabilidad no es reproducción, sino reinención situada: cada comunidad reinterpreta el modelo desde su historia, lo resignifica desde sus prácticas y lo transforma desde sus necesidades y aspiraciones²⁷.

Este enfoque reconoce que los territorios populares del Sur Global comparten experiencias de desigualdad, estigmatización y resistencia, pero también poseen singularidades irreductibles. Por ello, el A.C.O. no se exporta como un paquete metodológico cerrado, sino como una arquitectura conceptual abierta, capaz de ser apropiada, reinterpretada y recreada por cada comunidad. La replicabilidad contextualizada se convierte así en un ejercicio ético y político que respeta la autonomía territorial, evita la imposición de modelos externos y promueve la construcción colectiva de conocimiento desde las raíces de cada lugar²⁸.

En este sentido, el A.C.O. demuestra que un modelo pedagógico puede ser expansivo sin ser estandarizado, coherente sin ser rígido, y transferible sin perder su identidad. Su capacidad de adaptarse a nuevos territorios no diluye su esencia; la fortalece. Cada implementación

²⁴Santos, B. de S. (2014). *Epistemologías del Sur: Justicia contra la hegemonía* (pp. 21–24). Akal.

²⁵Freire, P. (1997). *Pedagogía de la autonomía: Saberes necesarios para la práctica educativa* (pp. 29–31). Siglo XXI.

²⁶Santos, B. de S. (2014). *Epistemologías del Sur: Justicia contra la hegemonía* (pp. 21–24). Akal.

²⁷Walsh, C. (2013). *Pedagogías decoloniales: Prácticas insurgentes de resistir, (re)existir y (re)vivir* (pp. 52–56). Abya-Yala.

²⁸Escobar, A. (2016). *Autonomía y diseño: La realización de lo comunal* (pp. 89–95). Universidad del Cauca.



situada amplía el modelo, lo enriquece y lo proyecta como una propuesta educativa que nace desde la vida comunitaria y se expande a través de la diversidad de los territorios que la hacen suya²⁹.

El Modelo de Aprendizaje Comunitario Orgánico (A.C.O.) es, en su esencia, una propuesta política, no en el sentido partidista, sino en el sentido profundo y estructural de disputar los modos en que se produce, circula y se legitima el conocimiento. Al reconocer a la comunidad como sujeto epistémico, el modelo desafía las lógicas tradicionales de poder que históricamente han relegado a los territorios populares a posiciones de marginalidad, dependencia y silenciamiento³⁰. Esta afirmación no es menor: implica desplazar el centro de la producción de saber desde las instituciones hegemónicas hacia los territorios que han sido sistemáticamente excluidos de los espacios de enunciación³¹.

El A.C.O. reivindica la capacidad de estos territorios para producir teoría, para generar metodologías propias y para construir proyectos educativos coherentes con sus realidades, memorias y aspiraciones colectivas. En lugar de asumir que el conocimiento válido proviene de afuera, el modelo afirma que los territorios populares poseen una densidad histórica, cultural y simbólica capaz de sostener procesos educativos rigurosos, creativos y profundamente transformadores. Esta postura constituye un gesto de justicia cognitiva, pues reconoce que los saberes comunitarios no son residuales ni secundarios, sino fundamentales para comprender y transformar la vida social³².

En un país marcado por desigualdades estructurales, por la racialización de la pobreza, por la estigmatización mediática de los barrios populares y por la exclusión histórica de las voces comunitarias en la toma de decisiones, esta apuesta adquiere una fuerza política extraordinaria. El A.C.O. no solo propone nuevas formas de aprender: propone nuevas formas de existir, de nombrarse, de organizarse y de imaginar futuros posibles desde la autonomía territorial³³.

Al activar la memoria viva, legitimar los saberes locales, promover la co-creación y fortalecer la identidad barrial, el modelo contribuye a la construcción de sujetos colectivos capaces de incidir en su propio destino. De este modo, el A.C.O. no se limita a transformar prácticas pedagógicas: transforma relaciones de poder, amplía horizontes de dignidad y abre caminos para que los territorios históricamente subalternizados se reconozcan como productores de conocimiento, de cultura y de futuro³⁴.

²⁹Freire, P. (1997). *Pedagogía de la autonomía: Saberes necesarios para la práctica educativa* (pp. 29–31). Siglo XXI.

³⁰Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido* (pp. 52–55). Siglo XXI.

³¹Walsh, C. (2007). *Interculturalidad, Estado, sociedad: Luchas (de)coloniales de nuestra época* (pp. 47–50). Abya-Yala

³²Santos, B. de S. (2014). *Epistemologías del Sur: Justicia contra la hegemonía* (pp. 21–24). Akal.

³³hooks, b. (1994). *Teaching to Transgress: Education as the Practice of Freedom* (pp. 27–32). Routledge.

³⁴Fals Borda, O. (1986). *Conocimiento y poder popular* (pp. 15–18). Siglo XXI..



Por ello, el A.C.O. es profundamente transformador: porque desplaza el lugar desde donde se piensa la educación, porque dignifica la voz comunitaria y porque afirma que la vida territorial —con sus luchas, sus memorias y sus potencias— es un espacio legítimo para construir teoría y para reinventar la educación desde el Sur³⁵.

Finalmente, el Modelo de Aprendizaje Comunitario Orgánico (A.C.O.) no es únicamente un marco conceptual ni una propuesta metodológica: es una práctica viva, un proceso en permanente movimiento, una arquitectura que se construye y se reconstruye al ritmo del territorio y de las comunidades que lo habitan. Su vitalidad radica en que no se congela en documentos ni se limita a prescripciones técnicas; se encarna en la vida cotidiana, en las relaciones, en los afectos, en las memorias compartidas y en las luchas que sostienen la dignidad de los territorios populares³⁶.

El A.C.O. es, ante todo, una apuesta ética. Una apuesta por reconocer que los territorios tienen voz, que las comunidades tienen historia, que los saberes locales tienen legitimidad y que la educación debe nacer de la vida misma. Es una ética que se opone a la deshumanización, que resiste la estigmatización y que afirma la autonomía territorial como principio irrenunciable. En un país donde la desigualdad ha marcado profundamente la experiencia de los barrios populares, esta ética se convierte en un acto de justicia y en una forma de reparación simbólica³⁷.

Su existencia demuestra que la educación puede —y debe— surgir de las memorias vivas, de los relatos que se transmiten entre generaciones, de los vínculos afectivos que sostienen la vida comunitaria, de las prácticas culturales que resisten al olvido y de los sueños colectivos que proyectan futuros posibles. El A.C.O. reconoce que la educación no es un servicio que llega desde afuera, sino un proceso que brota desde adentro, desde la potencia creativa del territorio y desde la capacidad de la comunidad para imaginar y construir su propio destino³⁸.

Por ello, el A.C.O. es, en esencia, una pedagogía de la vida, porque se nutre de la experiencia cotidiana; una pedagogía del territorio, porque reconoce que el lugar donde se vive es también un lugar donde se aprende; y una pedagogía de la esperanza, porque afirma que los territorios populares no solo tienen pasado, sino también futuro, y que ese futuro puede ser construido colectivamente desde la dignidad, la memoria y la autonomía³⁹.

³⁵Escobar, A. (2016). *Autonomía y diseño: La realización de lo comunal* (pp. 89–95). Universidad del Cauca.

³⁶hooks, b. (1994). *Teaching to Transgress: Education as the Practice of Freedom* (pp. 13–22). Routledge.

³⁷Freire, P. (1997). *Pedagogía de la autonomía: Saberes necesarios para la práctica educativa* (pp. 29–35). Siglo XXI.

³⁸Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria* (pp. 17–21). Siglo XXI.

³⁹Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido* (pp. 71–75). Siglo XXI.



El A.C.O. no cierra procesos: los abre. No entrega respuestas: provoca preguntas. No impone caminos: acompaña búsquedas. Es una pedagogía que respira, que se mueve, que se transforma y que invita a transformar. Una pedagogía que, al nacer del territorio, se convierte en una fuerza de reexistencia, en un horizonte de posibilidad y en un acto profundo de afirmación comunitaria⁴⁰.

Rigoberto Castro Pérez

**DIRECTOR EJECUTIVO
FUNDACIÓN CASA MUSEO POZÓN
CASA MUSEO DE LA MEMORIA DEL POZÓN**



**CARTAGENA
POPULAR**
EL POZÓN COMO
MUSEO VIVO



A.C.O.
APRENDIZAJE
COMUNITARIO ORGÁNICO

(Memoria Viva · 9 Principios · Impacto)

⁴⁰Escobar, A. (2016). *Autonomía y diseño: La realización de lo comunal* (pp. 89–95). Universidad del Cauca



FUENTES BIBLIOGRÁFICAS COMPLETAS (APA 7)

Paulo Freire

Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores. Freire, P. (1997). *Pedagogía de la autonomía: Saberes necesarios para la práctica educativa*. Siglo XXI Editores.

Catherine Walsh

Walsh, C. (2007). *Interculturalidad, Estado, sociedad: Luchas (de)coloniales de nuestra época*. Abya-Yala. Walsh, C. (2013). *Pedagogías decoloniales: Prácticas insurgentes de resistir, (re)existir y (re)vivir*. Abya-Yala.

Orlando Fals Borda

Fals Borda, O. (1986). *Conocimiento y poder popular: Lecciones con campesinos de Nicaragua, México y Colombia*. Siglo XXI Editores. Fals Borda, O. (1987). *La ciencia y el pueblo: Nuevas reflexiones sobre la investigación-acción*. Siglo XXI Editores.

Boaventura de Sousa Santos

Santos, B. de S. (2014). *Epistemologías del Sur: Justicia contra la hegemonía*. Akal.

Elizabeth Jelin

Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI Editores.

Maurice Halbwachs

Halbwachs, M. (1992). *On Collective Memory*. University of Chicago Press.

bell hooks

hooks, b. (1994). *Teaching to Transgress: Education as the Practice of Freedom*. Routledge.

Arturo Escobar

Escobar, A. (2016). *Autonomía y diseño: La realización de lo comunal*. Universidad del Cauca.

Oscar Jara

Jara, O. (2018). *La sistematización de experiencias: Práctica y teoría para otros mundos posibles*. Alforja.

Michel de Certeau



De Certeau, M. (1984). *The Practice of Everyday Life*. University of California Press.

Gilles Deleuze & Félix Guattari

Deleuze, G., & Guattari, F. (1987). *A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia*. University of Minnesota Press.